

=== MORIRSE JOVEN ===

I

¿Por qué estremecerse de hórrida pavora? ¿Por qué llorar ni acongojarse al sólo pensamiento de que la juventud y la muerte puedan encontrarse en las espléndidas esferas en que la ilusión y la vida brillan y lucen á porfía?

Los amados de los dioses mueren siempre jóvenes y si el morir, como dice la leyenda, es emprender un viaje á lo que no tiene fin, morirse joven es tener la seguridad de no sucumbir en la eterna jornada.

¿Es que las almas tienen edades como los cuerpos?... ¡no lo sé!... pero yo creo que sí, porque la materia no se gastaría si no se gastase también el espíritu.

¿Por qué agostar de nuestra vida el botón florido si el morir, cuando á vivir se empieza, es comenzar á tiempo lo que al fin ha de traernos la vejez?

Como en todo existe una estética soberana porque estética es génesis de arte, y arte síntesis de cuanto vive y cuanto muere en las redondeces de los globos, la muerte en la juventud es una de las más sugestivas manifestaciones de esa estética cuyo hábito respiran de consuno el bruto y el racional.

Todo lo sublime es breve.

Por eso el morir cuando la vida nos adorna con todos sus esplendores, es dormir un sueño cuyas únicas pesadillas serán visiones de ultra-mundo; mágicas fantasías del alma en sus instantos más bellos.

Para morir, cualquier tiempo es igual pero cuando se es joven no hay que tenderse en el féretro cuando el invierno hiela ni cuando el estío quema... ¡no!... la juventud que muere debe entornar los párpalos cuando la primavera sonríe en el firmamento rasgando nieblas en el cielo y cubriendo la tierra de pájaros y de flores, ó bien cuando el otoño rebosa en sazones opulentas dando más intensidad á los colores, más perfumes á las flores y ya próximas á languidecer y más jugos á las frutas ya prontas á ser cortadas de la vencida rama.

Como los aficionados á las falsas teatrales, diremos que la primavera ó el otoño son las mejores decoraciones para morirse joven.

No nos muramos cuando el invierno simboliza la nada con sus blancuras desesperantes ni cuando el estío nos recuerda las leyendas infernales, ¡no!... muramos cuando la belleza de la creación esp'onde magnífica en lo alto y en lo bajo, porque si es verdad que la muerte es otra vida, esa existencia incomparable tendrá los tonos de esas dos épocas en que todo es tibio, agradable, balsámico y risueño como las inspiraciones de los poetas cantores de la eterna juventud.

Dicen sabios y aseguran pensadores que nunca es vieja el alma... ¡ah!... ¡no lo creo!... ¿cómo ha de ser joven el alma que haya sufrido en la vida cuanto hay que sufrir en lo humano?... ¿cómo ha de ser joven el alma que haya llorado y que haya dudado de sí misma en sus luchas con el dolor?

II

Hermosa doncella de nítida frente; la del apenas abultado seno, la de mirar de cielo, la de trenza como el oro ó guedejas como la noche, la de plácida sonrisa y manos marfilinas como las vírgenes de los altares, ¿qué mejor para tí, que morir antes de que se marchiten las flores de tu corona de Mayo, antes de que el corazón comience á sentir, antes que la primera lágrima destlustre tus mejillas rosáceas como el nácar?

Si tú entonces supieras lo que es la realidad de esa vida que tan alegre te sonríe, no pasarías más allá de la hermosa pubertad, reclinándote en el féretro envuelta en las gasas de tu inocencia cuando aun no se hubieran extinguido perfumes de incienso y cánticos de vírgenes allá en aquel templo en que por vez primera te arrodillaste para recibir á Dios, bajo la forma culinaria de la hostia de harina. Pero si enamorada del vivir abres tu corazón y tu alma al sentir y al gozar; si temerosa de dormir entre tulés y entre rosas, continúas la jornada de tu existencia y lloras y sufres, y eres primero esposa para ser